

IMAGINAR EL FUTURO

LA IZQUIERDA EN UNA NUEVA ÉPOCA

MANUEL ANTONIO GARRETÓN · EUGENIO RIVERA URRUTIA
COORDINADORES

RODRIGO ASTORGA · FERNANDO ATRIA
GITTE CULLMANN · VALESKA NARANJO
OSVALDO TORRES · LIBERTAD VIDAL

HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG
desde 1962

la casa
común

pehuén
desde 1983

IMAGINAR EL FUTURO

La izquierda en una nueva época

MANUEL ANTONIO GARRETÓN - EUGENIO RIVERA URRUTIA
Coordinadores

RODRIGO ASTORGA
FERNANDO ATRIA
GITTE CULLMANN
VALESKA NARANJO
OSVALDO TORRES
LIBERTAD VIDAL



ÍNDICE

Prólogo	
<i>Valeska Naranjo</i>	11
Presentación	
<i>Manuel Antonio Garretón-Eugenio Rivera Urrutia</i>	15
PRIMERA PARTE: EL DESARROLLO POLÍTICO RECIENTE Y EL PROCESO CONSTITUCIONAL	23
CAPÍTULO 1	
Del estallido social al segundo plebiscito constitucional en Chile: una reinterpretación. <i>Eugenio Rivera Urrutia</i>	25
1. Transformaciones económico–sociales y crisis de la política y la democracia	26
2. Diferenciación de las dinámicas sociales y descentramiento de la política	27
3. Fragmentación social y zigzagueo político: estallido social y procesos constituyentes	29
4. A modo de conclusión: el gobierno del presidente Gabriel Boric y la reconstrucción del escenario político	31
CAPÍTULO 2	
La Constitución y su negación. <i>Fernando Atria</i>	35
Introducción	35
1. La destrucción de la constitución tramposa	37
2. ¿Qué y quién la desahució?	42
3. Si la constitución tramposa ha sido desahuciada, ¿qué es lo que hay ahora?	43
4. Pero entonces, ¿por qué era necesaria una nueva constitución?	45
5. Pero ¿no queda todo lo anterior negado por el 62% de los votos de 2022 y el triunfo republicano en mayo 2023?	46
CAPÍTULO 3	
Las dos fracturas de Chile. <i>Fernando Atria</i>	49
Introducción	49
1. La fractura política	50
2. La fractura social	54
2.1 El proceso constituyente y las dos fracturas	54

SEGUNDA PARTE: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO PROYECTO POLÍTICO. EL DEBATE GLOBAL SOBRE EL HORIZONTE SOCIALISTA	57
Capítulo 4	
Hacia la construcción del proyecto político de la izquierda: ¿qué aporta el debate internacional? <i>Eugenio Rivera Urrutia</i>	59
Introducción	59
1. El proyecto de Salvador Allende y de la Renovación Socialista	60
1.1 El proyecto político de Salvador Allende	60
1.2 El proyecto político de la Renovación Socialista	62
2. El proyecto político de las izquierdas como problema teórico	66
2.1 El giro a la izquierda en América Latina y la tesis de las dos izquierdas	67
2.2 ¿Proyecto político u otra forma de mirar el futuro?	73
2.3 Problemas de una democracia compleja	73
3. Algunas controversias internacionales relevantes para la formulación del proyecto político del Frente Amplio	76
3.1 Los cambios del capitalismo	76
3.2 Después del colapso de la URSS y la instalación del capitalismo en los países comunistas que han sobrevivido ¿cuál es la alternativa?	79
3.3 Capitalismo y democracia	84
3.4 La idea de socialismo	86
3.5 Repensar el reformismo: repolitizar la sociedad superando el economicismo	89
3.6 El diálogo con el feminismo y el ecologismo	91
3.7 ¿Redistribución o reconocimiento? (Taylor-Honneth-Fraser)	93
Capítulo 5	
Apuntes sobre los procesos de transformación en la sociedad chilena y nuevas perspectivas de la izquierda. <i>Manuel Antonio Garretón</i>	97
1. ¿Por qué procesos de transformación?	97
2. Procesos y proyectos de transformación de la sociedad chilena	98
3. Estallido social y proceso constituyente	100
4. Una nueva época	101
5. La crisis estructural y la necesidad de procesos transformadores	102
6. Los ejes de un proceso	104
7. Los actores sociales y políticos	107

TERCERA PARTE: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO PROYECTO POLÍTICO DEL FRENTE AMPLIO 111

Capítulo 6

El proceso político y la construcción ideológico-política del Frente Amplio.

Manuel Antonio Garretón y Eugenio Rivera Urrutía 113

Capítulo 7

Sobre el Frente Amplio unificado. *Fernando Atria 119*

Introducción 119

1. El Frente Amplio, sus éxitos y falencias 119

2. El insólito sometimiento discursivo 120

3. El proyecto político 123

4. El socialismo y la superación del capitalismo 125

5. La unificación del Frente Amplio 127

Capítulo 8

Apuntes sobre el proceso de creación del partido del Frente Amplio.

Oswaldo Torres 129

Introducción 129

1. Fundación de partidos 129

2. El contexto actual de la unidad partidaria 132

3. En relación al proceso de constituir un solo partido del FA 134

4. La importancia de los objetivos comunes de largo plazo 136

5. Las identidades son legítimas, pero no su esencialismo 139

6. Proyecto político partidario y proceso de elaboración 141

Capítulo 9

El feminismo y el Frente Amplio hoy. *Libertad Vidal 145*

Introducción 145

1. El feminismo y las movilizaciones estudiantiles a partir del 2011 146

2. Las dificultades de las mujeres para incidir en la acción política del Frente Amplio 146

3. El feminismo frenteamplista luego de la derrota en el primer proceso constituyente 148

4. Los nuevos grupos que se han incorporado al Frente Amplio 149

5. La lucha feminista en el contexto de la irrupción de la ultraderecha..... 151

6. Los principios feministas en la construcción del partido Frente Amplio 152

CUARTA PARTE: NUEVA POLÍTICA INDUSTRIAL, TRANSICIÓN ENERGÉTICA Y MODELO DE DESARROLLO 155

CAPÍTULO 10

Una agenda común entre ecologismo y desarrollismo. <i>Rodrigo Astorga y Gitte Cullmann</i>	157
1. De los límites del crecimiento a los límites planetarios	157
2. Las instituciones como motor de cambio	159
3. Una bajada a Chile	163
4. Propuestas	165

CAPÍTULO 11

Política industrial, cadenas globales de producción, transición energética y digitalización: el debate sobre nuevo modelo de desarrollo y la propuesta chilena. <i>Eugenio Rivera Urrutia</i>	171
Introducción	171
1. El estancamiento de la productividad	172
2. Cadenas globales y regionales de valor: condiciones para una transformación sostenible	173
3. Dos miradas sobre el rol del Estado y la política industrial moderna	176
4. Crisis climática, transición energética e innovación	179
5. La nueva estrategia de desarrollo de Chile	183
5.1 Las transformaciones del entorno global	183
5.2 El modelo de “Desarrollo Innovador y Sostenible e Integrado hacia Adentro y hacia Afuera” (DISIAA)	184
5.3 La Estrategia Nacional del Litio (ENL) y las propuestas alternativas	190
Las autoras y autores	193
Bibliografía	197

PRESENTACIÓN

MANUEL ANTONIO GARRETÓN Y EUGENIO RIVERA URRUTIA

El estallido social representó la culminación en Chile de un proceso de fuerte movilización social, de creciente desafección política, deslegitimación de las principales instituciones del Estado y del sistema político, agotamiento del modelo de crecimiento y también deslegitimación del mundo empresarial y sus organizaciones gremiales. En el marco de la crisis de la democracia; las grandes transformaciones tecnológicas; de la triple crisis medioambiental, del cambio climático, de la biodiversidad y la contaminación; del inicio de la era pandémica; la profunda crisis de la globalización; la fuerte irrupción de la ultraderecha y el populismo a nivel global como efecto de corrientes migratorias masivas; el desplazamiento de numerosas industrias hacia el Asia, particularmente hacia China y en menor medida hacia otros países y regiones en desarrollo; y también del cuestionamiento de las tradiciones milenarias del patriarcado como efecto de la irrupción del feminismo, las visiones tradicionales de las derechas, pero también de las izquierdas, enfrentan la crisis más profunda que hayan experimentado, pues ella tiene lugar en el contexto de la crisis de la política como mecanismo central de la convivencia social.

La profunda fragmentación del sistema de partidos asociada a estas situaciones exige una profunda revisión de los sistemas de pensamiento tradicionales, reconsiderar la forma en que se articula la acción colectiva moderna en el mundo de las comunicaciones instantáneas y la inteligencia artificial con la creciente individualización y la mayor capacidad de agencia de los individuos.

El presente libro tiene como objeto contribuir al debate en marcha de las izquierdas para avanzar en su reconstrucción, debate que, sin embargo, requiere estar confrontado permanentemente con los procesos similares que se desarrollan en los espacios más avanzados de las derechas. Deben estar también insertos en los procesos políticos y sociales, así como en ejercicios de experimentación indispensables en momentos en que es necesario reinventar las formas fundamentales de convivencia, construyendo, eso sí, sobre la base de los avances que la sociedad ha logrado construir.

Todo esto se traduce en la necesidad de repensar los proyectos políticos de las izquierdas, lo cual se hace más necesario a partir de la derrota en el primer proceso constituyente, de las dificultades que ha enfrentado el gobierno del presidente Gabriel Boric, pero también de los importantes procesos de aprendizaje que han tenido lugar. Las contribuciones buscan enriquecer el debate de las izquierdas, pero tienen como referencia principal, no única, la experiencia del Frente Amplio (en particular en la tercera parte), pues su trayectoria ha estado confrontada con los límites de la llamada Tercera Vía y el marxismo ortodoxo, por una parte, y por la otra, al nacer en el marco del encuentro entre la izquierda, el feminismo, el eco-

logismo y las luchas de los pueblos originarios, sintetiza el nudo de los problemas que deben resolver las izquierdas y el progresismo.

El libro tiene cuatro partes. La primera tiene como objeto analizar diferentes aspectos del desarrollo político reciente en Chile. El primer capítulo, elaborado por Eugenio Rivera Urrutia, se pregunta: 1) sobre cuáles son los problemas globales que inciden en la evolución del proceso político chileno reciente; y 2) cómo interactúan las dinámicas sociales con la dinámica política, en el contexto de divorcio entre la sociedad y la política para explicar el rechazo sucesivo de dos proyectos constitucionales de signo opuesto. Se ha consolidado la idea de que el “estallido social” representó simplemente la continuidad respecto de las movilizaciones sociales a lo largo de la segunda década del presente siglo. Este capítulo sostiene que se trata de fenómenos distintos; mientras que los primeros constituyen lo que Nadia Urbinati denomina conflictos políticos que son liderados por partidos u otras organizaciones que construyen un movimiento que combina la acción de protesta con la utilización de mecanismos institucionales y partidarios, el estallido careció de todo liderazgo y de ideología política, y grupos importantes tomaron un camino extraordinariamente violento que no es posible encontrar en las movilizaciones anteriores. De esto se deriva la hipótesis de que el proceso constituyente no era necesariamente una demanda del estallido, sino que fue la respuesta institucional que imaginó el sistema político. Se sostiene además que el gobierno del presidente Gabriel Boric abre el camino a la reestructuración y convergencia de las izquierdas, antes fuertemente confrontadas.

El segundo capítulo, bajo el título “La constitución y su negación”, elaborado por Fernando Atria, afirma que, pese al fracaso de los dos procesos constituyentes, la constitución de 1980 fue destruida, pues aquello que le era fundamental, esto es la decisión de neutralización de la agencia política del pueblo, ha sido formalmente eliminado: el sistema binominal fue cambiado por un sistema proporcional en 2015 por la ley 20.840; los quórum de reforma constitucional fueron reducidos drásticamente, todos ellos a 4/7 de los senadores y diputados en ejercicio, por la ley 21.481, de agosto de 2022; y el quórum de aprobación de las Leyes Orgánicas Constitucionales fue reducido a la mayoría de los diputados y senadores en ejercicio por la ley 21.535, de enero de 2023. El desahucio de la Constitución tramposa fue el resultado de la irrupción de un poder constituyente, aunque más precisamente de su primera fase, la fase destituyente: ese momento en que lo que irrumpe no es sino una fuerza puramente negativa, cuyo contenido es simplemente negar las condiciones de la vida social. Por ello, el proceso constituyente era necesario para pasar del momento de irrupción del poder constituyente en su fase destituyente, de negación de la decisión vigente, a su fase propiamente constituyente, de afirmación de una nueva decisión.

En el capítulo tercero, que lleva como título “Las dos fracturas”, Fernando Atria sostiene que el proceso constituyente se hizo posible sólo cuando fue inevitable, y lo que lo hizo inevitable fue la crisis de legitimación de la política institucional que deriva de la doble fractura que afecta a la sociedad chilena: una

horizontal, entre izquierda y derecha, y otra vertical entre sociedad y “clase política”. La primera se explica en buena parte por la institucionalidad y la cultura política que da forma a una política neutralizada, lo que quiere decir incapaz para actuar salvo en condiciones de consenso. Sin embargo, esta fractura no es capaz de explicar la profunda crisis que vive el país; si ello fuera así, la consecuencia sería solamente una política incapaz de actuar, nada más que declinación en vez de prosperidad. Crucial es la fractura *vertical*, entre arriba y abajo, entre la sociedad y la institucionalidad política completa. Estas dos fracturas se manifestaron en los dos momentos del proceso constitucional. La composición de la Convención significaba que en ella estaban presentes convencionales que habían sido elegidos precisamente por no pertenecer a la “clase política”, y que llegaban a la Convención asumiendo la representación de “la sociedad” (los movimientos sociales etc.) contra “los partidos políticos”. La división fundamental que en ella se manifestó fue la distinción vertical entre sociedad y “clase política”. El Consejo Constitucional, por su parte, fue manifestación de la división horizontal. Ahí la oposición fue claramente entre izquierda y derecha, bajo dominio de la derecha y la hegemonía en esta de la ultraderecha. Más allá del resultado del plebiscito de 2022, la Convención representó una experiencia política totalmente nueva para Chile, especialmente importante desde el punto de vista de la posibilidad de reparar la segunda fractura. Esto no es algo que sea razonable esperar que ocurra espontáneamente, porque requiere de un difícil y lento proceso de construcción de las condiciones para el diálogo político, condiciones que han sido severamente erosionadas por el desarrollo de esa fractura.

La segunda parte contiene un capítulo escrito por Eugenio Rivera Urrutia, que tiene como título “Hacia la construcción del proyecto político de la izquierda: ¿qué aporta el debate de la izquierda internacional?”. La motivación principal del artículo es enfrentar el parroquialismo que en ocasiones ha caracterizado el debate político y alimentar una serie de debates en marcha, valiosos, pero que no integran las reflexiones internacionales, lo que conspira contra su riqueza. Con ese objeto, en la primera sección se analizan, brevemente, las principales características y aprendizajes del proyecto político liderado por Salvador Allende en 1970; también el proyecto de la Renovación socialista, surgido en la lucha contra la dictadura y su articulación compleja con lo que fueron los gobiernos de la Concertación. En la segunda sección se analiza lo que se llamó el “giro a la izquierda” de la política latinoamericana, que tuvo lugar desde la última década del siglo pasado hasta la segunda década del presente siglo, donde la propuesta de Jorge G. Castañeda de distinguir dos izquierdas diferentes en dicho giro adquiere una relevancia central. Luego, con base en textos premonitorios de Norbert Lechner, se problematiza la propia noción del proyecto político, con el objeto de indagar en los cambios que ha tenido la política y sus efectos en la forma en que la izquierda da cuenta de ello. Finaliza esta sección con el análisis de lo que se ha denominado “democracia compleja”, que alude a la nueva y más amplia fragmentación social, sumada a la crisis de las ideologías políticas tradicionales y el malestar ciudadano frente a las di-

ficultades que enfrentan los gobiernos para resolver sus problemas, lo que cristaliza también en una intensa fragmentación política. Al mismo tiempo, la sociedad se estructura económicamente de manera crecientemente heterogénea. En la tercera sección se analizan sintéticamente algunos de los principales debates en torno a la reformulación del proyecto socialista, a partir del colapso del socialismo realmente existente y el camino capitalista seguido por regímenes que mantienen el sistema político basado en la noción de “dictadura del proletariado”, y los problemas encontrados por la socialdemocracia para levantar una alternativa al neoliberalismo y, más recientemente, a la irrupción de la nueva derecha. Específicamente, se aborda la discusión en torno a los cambios del sistema capitalista y la discusión en torno a la vigencia del marxismo; la vigencia de la idea socialista después del colapso de la URSS y la instalación del capitalismo en los países comunistas que han sobrevivido; la llamada “hipótesis comunista”, que plantea que el fracaso del sistema soviético no implica el fin de la idea comunista; y el debate en torno a la relación compleja del capitalismo y la democracia. En este contexto, se analiza el debate en torno a un nuevo reformismo, o a lo que Nancy Fraser ha denominado “reformas no reformistas”. Finaliza esta sección con el análisis de varios intentos de reformulación de la idea socialista, el análisis de la propuesta de varios autores respecto de la centralidad de la lucha por el “reconocimiento” y la descripción de algunos de los debates que han tenido lugar entre la idea socialista, el feminismo y el ecologismo.

El quinto capítulo elaborado por Manuel Antonio Garretón analiza la crisis estructural de la sociedad chilena y de la posibilidad de impulsar un nuevo proceso transformador. En este contexto, se pregunta ¿Es posible recuperar los procesos de transformación en nuestra sociedad después del fracaso del último de ellos que se expresó en el procesos constituyente o, dicho de otro modo, puede recuperarse una política que haga sentido al conjunto o a la gran mayoría de la sociedad y por eso pueda mantener viva la adhesión a la democracia? Para ello luego de una breve revisión histórica de los proyectos históricos de transformación en Chile indaga en el proceso constituyente abierto luego del estallido social concluyendo que su derrota limita seriamente las posibilidades de un proceso transformador sin perjuicio de los cual el gobierno del presidente Boric abre interesantes perspectivas. A juicio de Garretón el problema de fondo que enfrenta el país que la sociedad ha sufrido grandes transformaciones para cuya comprensión la teoría social no da todavía cuenta. En todo caso, esas transformaciones permiten visualizar que se enfrenta un proceso de transformación multidimensional que incluye la reconstrucción de la polis o comunidad política y la construcción de un modelo de desarrollo que apunta como eje central al desarrollo humano.

La tercera parte se enfoca en las discusiones en marcha sobre la construcción del nuevo proyecto político en que trabaja el Frente Amplio. En el capítulo 6, elaborado por Manuel Antonio Garretón y Eugenio Rivera Urrutia, se sostiene que, pese a que por su acelerada y corta historia no se han desarrollado a cabalidad las bases política e ideológicas del FA, al analizar los principales hitos de la historia reciente y la toma de posiciones respecto de ellos de la coalición de partidos, es

posible identificar los rasgos definitorios de su propuesta política. En ese breve período, al calor de las agitadas coyunturas que le ha tocado vivir, y quizás a modo de pincelazos, pero que trasuntan profundas convicciones, se ha ido delineando una perspectiva política que se compromete plenamente con la democracia y el pluralismo político, pone en cuestión tanto la llamada “Tercera Vía”, que pese a todos sus aspectos positivos no fue capaz de impulsar suficientemente la renovación de la socialdemocracia, como también la ortodoxia marxista, que no ha sido capaz de hacer un balance de lo que fue y es el llamado socialismo realmente existente, y que hace la vista gorda frente a los autoritarismos presuntamente de izquierda tipo Venezuela y Nicaragua. Al mismo tiempo, caracteriza a quienes convergen en el FA la convicción de que las múltiples crisis que afectan al país y al planeta están poniendo en cuestión las antiguas convicciones, lo que ha generado procesos de reflexión política de los cuales, en la medida que se permita un amplio y libre debate, se podrá ir construyendo intelectual y políticamente la izquierda del futuro. Se trata de una discusión que rompe también con las maneras tradicionales del intercambio político, pues manteniendo sus demandas por igualdad, reflexiona sobre la crisis de la política en su rol tradicional, acepta su desconcierto frente a la fragmentación social y las complejidades de la democracia, incorpora al centro de sus preocupaciones la catástrofe medioambiental, la lucha contra el patriarcado, la digitalización del mundo y el amplio problema de reconocimiento.

El capítulo 7, “Sobre el Frente Amplio unificado”, de Fernando Atria, interpreta el hecho que el FA esté hoy en el gobierno encabezado por Gabriel Boric como el resultado de que logró dar cuenta de malestares y anhelos sociales, históricos y contingentes, y darles una orientación positiva. Para Atria, lo que está en juego hoy no es sólo el éxito de este gobierno (lo que ya es importante), sino también el futuro de la izquierda más allá del mismo. De ahí que considere necesario un monitoreo permanente de los éxitos y falencias del partido en proceso de unificación. Una dimensión relevante es abordar lo que el autor denomina el “sometimiento discursivo”, esto es la persistente disposición de la izquierda y la centroizquierda a asumir la descripción o el sentido que la derecha atribuye a sus propias acciones o ideas. Preocupa también la necesidad de explicitar el proyecto político de la nueva organización, lo que implica retomar como base su origen y dar cuenta de otras demandas que surgieron en esa misma década: la ambientalista, motivada por la creciente conciencia de la crisis ambiental; la feminista, que protesta contra el patriarcado y sus incontables manifestaciones, algunas menos obvias que otras; la de los pueblos originarios, que exigen reconocimiento de su existencia colectiva; la de las regiones, abrumadas por el centralismo. Integrar estas visiones en un proyecto común es una tarea política y conceptual muy distinta que una mera sumatoria en una suerte de pliego de demandas. Esta discusión no parte de cero. Sus ejes centrales son, en lo político, la búsqueda de un orden democrático paritario que diera realidad, en la experiencia ciudadana, a la idea definitoria de toda democracia: que el poder viene del pueblo; en lo social, Estado social y democrático de derecho que, a diferencia del Estado subsidiario, asuma el deber

fundamental de realizar los derechos sociales como derechos de igualdad ciudadana, fundado en un compromiso irrestricto con los derechos humanos; y en lo económico, un nuevo modelo de desarrollo. En relación con el horizonte político, el socialismo hoy ha de cumplir la función de una brújula, no la de un mapa.

El capítulo 8, “Apuntes sobre el proceso de creación del partido Frente Amplio”, de Osvaldo Torres, parte precisando diversos elementos relevantes para la fundación de un partido, las relaciones entre los procesos estructurales y el surgimiento de nuevas organizaciones, para luego recalcar que la fundación del Frente Amplio como partido unitario no era necesariamente inevitable ni tampoco su futuro está asegurado; que no puede ser visto como un proceso sólo interno, puesto que es y será parte de un proceso mayor, cual es la necesidad de una unidad política –no orgánica– de toda la izquierda y centro izquierda en un programa y estrategia común. Un aspecto clave del proceso será el cómo el gobierno conducido por el FA es valorado por la población, los sectores simpatizantes de la izquierda y la propia militancia, pues su potencial fracaso pondría en cuestión la confianza de la ciudadanía en nuestras ideas, dirigentes y representantes, pudiendo llevarnos a la fragmentación, si no hay coherencia ideológica y programática entre nosotros. Preocupación central de Torres es abordar la diversidad de preocupaciones que debe integrar un nuevo proyecto político, lo que implica necesariamente pensar las identidades, sus características, y entender que la cultura, que opera como articuladora de la vida social compleja, influye y se transforma producto de la propia conflictividad social y las formas institucionales que adquiere, y por ello la identidad colectiva –incluida la política– va mutando según las formas culturales que sus prácticas producen. Sostiene, finalmente, que la construcción de un proyecto político requiere de la contribución de una multiplicidad de cabezas que logren captar la complejidad de la sociedad contemporánea, pero no puede entenderse como un ejercicio académico de largos estudios, pues la función política es nutrirse de estos para obtener un proyecto político que no nace del conocimiento teórico solamente, sino también de las prácticas políticas y características subjetivas de los actores que serán relevantes para impulsar el proyecto; el sujeto social e histórico que se buscará construir para empujar las transformaciones y sostenerlas en el tiempo. En todo este esfuerzo, los DD.HH. son un componente esencial.

El capítulo 9, “El feminismo y el Frente Amplio hoy”, de Libertad Vidal, presenta la trayectoria del feminismo al interior del FA, recalcando que se inserta en la ya larga historia de las luchas feministas. Trata de forma descarnada los grandes esfuerzos por impulsar la política feminista en organizaciones y en una sociedad masculinizada. Describe la forma en que se desarrollan las relaciones entre los diferentes grupos feministas, tanto las que tienen lugar entre las feministas que militan en el FA con aquellas que operan desde fuera de los partidos, como las dificultades que se han planteado al integrarse al FA numerosas mujeres a partir de la primaria de Apruebo Dignidad en el 2021. Destaca los desafíos que representa el surgimiento de la ultraderecha a las demandas del movimiento feminista. Finaliza el artículo afirmando que los cuidados son una actividad fundamental para la sostenibilidad

de la vida, lo que hace necesario promover la corresponsabilidad entre Estado, privados, comunidades y personas. Resulta también fundamental el principio de paridad sustantiva para garantizar la participación política en condiciones de igualdad. Se apunta a una sociedad libre de violencia de género y de todo tipo de violencia. Se impulsa una agenda para alcanzar la autonomía plena sobre los proyectos de vida, donde la lucha por derechos sexuales y reproductivos resulta central. La lucha feminista no sólo es esencial para salvaguardar la democracia y los derechos humanos, sino que también es un pilar fundamental para la construcción de un mundo más inclusivo y diverso para avanzar hacia un futuro más prometedor.

La cuarta parte indaga en los desafíos que plantea transitar hacia un nuevo modelo de desarrollo. En el capítulo 10, escrito por Rodrigo Astorga y Gitte Cullmann, se aborda la evolución de las preocupaciones ambientales desde el informe “Los límites del crecimiento”, del Club de Roma (1972), subrayando la falta de cumplimiento de tratados ambientales y la creciente vulnerabilidad del planeta. A lo largo de más de cincuenta años, la expansión económica global ha superado los recursos finitos de la Tierra. Se examina el caso de Chile, destacando éxitos económicos y contradicciones como la desigualdad y la dependencia de recursos naturales. En el debate entre “desarrollismo” y “ecologismo”, se propone un eje central fundamentado en cuatro principios básicos. La conclusión aboga por una estrategia de desarrollo progresista que equilibre crecimiento económico, sostenibilidad y equidad social. Se destaca la importancia de inversiones verdes dentro de la biocapacidad nacional como motor de una agenda común, con salvaguardas específicas. Además, se plantea la necesidad de un “Estado Social de Derechos” con inversiones públicas, medidas sociales y un sistema tributario progresivo.

El capítulo 11, de Eugenio Rivera Urrutia, constata que el estancamiento de la productividad es un fenómeno que afecta a buena parte de la economía global, lo que ha llevado al acuerdo, generalizado de que, para enfrentar este problema, es indispensable retomar las políticas industriales, lo que requiere un rol activo y de nuevo tipo del Estado. Pero no se trata de un retorno a las políticas industriales tradicionales; se trata de repensarlas profundamente y reconocer que el mundo enfrenta amenazas que se ciernen sobre el planeta como efecto de la crisis climática y la destrucción de la diversidad biológica, que obligan a poner la transición energética en el centro. Al mismo tiempo, es necesario enfrentar los problemas y déficits que han caracterizado la globalización, en particular su carácter poco inclusivo, el aumento de la concentración económica y sus tensiones con la protección y recuperación medioambiental. Converge con estos procesos, de suyo complejos, la creciente relevancia de la digitalización, que está transformando los procesos productivos, lo cual exige y tiene como consecuencia un aumento significativo de la inversión. En este contexto, el trabajo intenta caracterizar el nuevo modelo de desarrollo que la actual administración impulsa en Chile.

CAPÍTULO 5

APUNTES SOBRE LOS PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN EN LA SOCIEDAD CHILENA Y NUEVAS PERSPECTIVAS DE LA IZQUIERDA

MANUEL ANTONIO GARRETÓN M.

Lo que sigue es un conjunto de consideraciones muy preliminares en torno de lo que definimos como una crisis histórico-estructural de la sociedad chilena y de sus perspectivas de superación, a partir de un nuevo proceso transformador. Para ello, examinamos escuetamente lo que ha sido este tipo de procesos en nuestra historia desde el siglo pasado, el cambio epocal que obliga a redefinirlos, el carácter de la crisis actual de nuestra sociedad y la relativa ausencia de proyectos que permitan superarla, y los ejes y actores de un posible proceso de transformación.

1. ¿Por qué proceso de transformación?

En el último tiempo, diversos acontecimientos (el fracaso del proceso constituyente, los problemas y proyecciones del gobierno de Gabriel Boric, la reestructuración de sectores de la izquierda chilena, las tensiones y acuerdos entre los partidos de gobierno, los debates y propuestas en torno a un nuevo proyecto cultural y político, entre otros aspectos) en la escena política han puesto la cuestión central de si la sociedad chilena carece de proyecto histórico y ha dejado de vivir procesos sociopolíticos de cambio social, que fueron uno de sus rasgos característicos en los últimos cien años, aunque con interrupciones o procesos de regresión, como lo fue la dictadura militar. La ausencia de procesos en torno a los cuales se organizan las luchas y proyectos sociales deja a los principales actores políticos luchando por sus propias orientaciones particularistas, o por la representación de intereses de grupos sociales específicos, a través de proyectos que al final terminan siendo corporativos. En tales casos, desaparece o se debilita la política en su rasgo fundamental de ser el espacio donde se debaten los problemas que afectan a la sociedad como conjunto y se resuelven los conflictos, así como se definen las políticas públicas destinadas a resolver los de la ciudadanía. Así, se reduce la lucha por el poder a quienes ya participan de alguna manera de él. Y todo ello genera o reproduce la ruptura o distanciamiento entre política y sociedad.

Es cierto que no todas las sociedades que carecen de proyectos y procesos sociales de cambio que involucran a actores políticos y sociales individuales o colectivos, y donde también se produce un distanciamiento entre política y so-

ciudad, pero ellas mantienen relativamente vigente la solidez y legitimidad de instituciones que en Chile parecen perderse.

¿Es posible recuperar los procesos de transformación en nuestra sociedad después del fracaso del último de ellos, que se expresó en los procesos constituyentes o, dicho de otro modo, puede recuperarse una política que haga sentido al conjunto o a la gran mayoría de la sociedad y que por eso pueda mantener viva la adhesión a la democracia?

Para responder a esta pregunta, lo primero sería recordar escuetamente cuales han sido los principales procesos y proyectos de cambio que ha vivido la sociedad chilena, para luego examinar cuáles son las perspectivas de retomar procesos de transformación y cuáles serían sus rasgos principales.

2. Procesos y proyectos de transformación de la sociedad chilena

Mas allá de las diferencias entre los diversos programas de los partidos que se consideran de izquierda o progresistas, lo común que parecieran tener a lo largo de varias décadas desde el siglo pasado ha sido un horizonte de sociedad caracterizado por la igualdad en sus diversas dimensiones, la democracia extendida, la participación y protagonismo de los actores populares, y un modelo de desarrollo que supere las injusticias del capitalismo. En el caso chileno, la izquierda desde sus comienzos se caracterizó por estos ideales, resumidos en la construcción de una sociedad socialista con sus propias particularidades históricas. Una de sus primeras expresiones fue el proyecto del Frente Popular, aunque en ella debe reconocerse un aspecto central de los proyectos transformadores exitosos en Chile: la alianza centro-izquierda con hegemonía parcial del centro. La máxima expresión de un proyecto transformador de la izquierda fue la “vía chilena al socialismo”, con el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular. Ese proyecto enfrentó dos dificultades fundamentales que terminaron en su derrota: Por un lado, y este es el factor fundamental, la decisión inaugural de los Estados Unidos y los sectores más duros de la derecha, ya fuera de impedir el ascenso al gobierno de la Unidad Popular, ya fuera de derrocarlo si lo primero no era posible. Por otro lado, la incapacidad de convertirse en mayoría para la realización de las transformaciones que la envergadura de su proyecto implicaba. En esto último jugaron un rol tanto el centro político de la época, la Democracia Cristiana, como las posiciones en el interior de la coalición para las cuales un acuerdo con el centro significaba una claudicación del proyecto integral

La dictadura instaurada en 1973 no sólo puso fin al proceso transformador de la Unidad Popular, sino que organizó a partir de un Estado de terror un proceso de retroceso en absolutamente todos los planos en que Chile había avanzado a través de dichos procesos. Durante ella, y pese a la represión desatada, se producen tres fenómenos importantes en las fuerzas progresistas y, especialmente, en la izquierda.

En primer lugar, la denominada renovación socialista, que modifica su proyecto de cambio social, al menos en el horizonte más inmediato. Los procesos internos de renovación socialista llevan a una redefinición del socialismo, en términos más que de construcción de un tipo determinado de sociedad, a luchas permanentes contra las opresiones, explotaciones, dominaciones y alienaciones que presenta cada momento histórico en el marco irrenunciable de la democracia, que aparece tanto como un medio para ello como un fin en sí mismo.

Y ello significa, en segundo lugar, que no se pueden realizar estas luchas, aunque se cuente con vastos sectores populares que las apoyan, si no se es mayoría social, política y cultural, y que tales mayorías, en el caso chileno, sólo se podían construir si se cuenta con sectores de la sociedad que no se identifican con el mundo de la izquierda. En aquella época, ello significaba ineludiblemente acuerdo con los sectores del centro político, representativos de sectores medios, lo que apuntaba a una coalición de largo aliento con la Democracia Cristiana, situación que ha cambiado, como lo analizaremos más adelante.

En tercer lugar, la izquierda clásica, constituida de la unidad comunista-socialista, se divide en dos izquierdas, en la medida que el Partido Comunista opta por una vía diferente respecto de la lucha contra la dictadura y es reacio a una alianza con la Democracia Cristiana.

Esta división afectó el proyecto de la izquierda de tal modo que puede afirmarse que durante un largo período cabía hablar de dos izquierdas, y la que se impuso fue la representada por la izquierda socialista con otras fuerzas nuevas, como el PPD y otros grupos, que constituyeron junto a la Democracia Cristiana, principalmente, que jugó en largos períodos un papel hegemónico, la coalición de centro izquierda que gobernó el país como Concertación de Partidos por la Democracia. El proceso de cambio social, que podría denominarse de democratización política, consistía en establecer una democracia que terminara con la dictadura con un proyecto que permitiera, luego, profundizar esta democracia y superar el modelo económico social definido como neoliberalismo. Se trataba en realidad de un proyecto de socialdemocracia avanzada, aunque no se coincidiera en las denominaciones, con importantes debates internos, desafiado por un tiempo por la radicalización y crítica del PC, que luego se incorporará a la coalición denominada en ese momento Nueva Mayoría. Este proyecto fue desdibujándose y sometido a crítica no sólo del PC, sino de los nuevos grupos que pasaron a conformar otro sector de izquierda a partir de las movilizaciones sociales de 2011-2012. Estas movilizaciones tuvieron como particularidad el que su base principal fueron movimientos sociales, perdiendo los partidos su papel clásico en ellas. Fue de estos movimientos sociales, principalmente del movimiento estudiantil, que surgieron los principios de un nuevo proyecto transformador (que se expresó en el segundo gobierno de Bachelet), en que la educación pública de calidad, la reforma tributaria y la nueva Constitución, a lo que en el programa de Michelle Bachelet se agregará la reforma laboral, constituían el núcleo de la superación del

modelo socioeconómico, político y cultural de la dictadura que los gobiernos de la Concertación habían corregido, pero no reemplazado. Problemas internos de la nueva coalición de gobierno y debilidad de liderazgo, ausencia de efectiva participación de los diversos actores sociales, oposición radical de la derecha a cualquiera dimensión transformadora, entre otros elementos, empantanaron dicho proceso transformador.

3. Estallido social y proceso constituyente

Así, el agotamiento relativo del proceso de democratización política, llamado por muchos de transición, al menos en su dimensión épica y de convocatoria, y en su capacidad de superación, en términos de reemplazo, del modelo neoliberal, así como el surgimiento de nuevas problemáticas estructurales y culturales, así como de nuevos actores sociales y políticos que no se sentían representados por la política ni la coalición vigentes, generaron una situación de crisis del bloque transformador y de la o las izquierdas, lo que llevó a redefinir su proyecto y sus alianzas.

Ello se expresó principalmente a partir del estallido social de octubre de 2019, que puso de manifiesto un malestar generalizado en la sociedad, expresado, como se ha señalado múltiples veces, en el rechazo al conjunto de las elites, la ruptura con la política institucional, la multiplicidad y diversidad de las demandas de los diversos sectores movilizados, sin un proyecto común que no fueran la denuncia del abuso y la consigna de dignidad. El estallido fue así, por un lado, la culminación de un proceso de movilizaciones desencadenado en los años 2011-2012, pero con antecedentes previos, y, por otro, apertura de un proceso de transformación, encauzado institucionalmente en términos de la elaboración de una constitución, propuesto precisamente por las elites políticas rechazadas por esa misma ciudadanía, pero entregándole a esa ciudadanía la definición de sus contenidos.

El significado de este proceso transformador, más allá de las diversas demandas, apuntaba tanto a una superación del orden socioeconómico neoliberal, como a un orden político que superara lo que se consideraba un juego de elites que había perdido su legitimidad. Los tres hitos que lo constituían eran la respuesta a las demandas del estallido, el proceso constituyente que implicaba su canalización institucional y el gobierno electo de Gabriel Boric, primer gobierno de izquierda desde el gobierno de Salvador Allende, constituido principalmente por los dos componentes de izquierda que no se identificaban con la centro izquierda de la Concertación, el Partido Comunista y el Frente Amplio. La derrota del proceso constituyente, enfrentado a una radical oposición de derecha y a una multiplicidad de demandas que desdibujaban un proyecto propiamente constitucional; las dificultades encontradas por el gobierno de Boric, tanto por tensiones internas

como por su carácter minoritario, para realizar reformas de envergadura que recogían toda la multiplicidad de demandas, pero sin estrategia de realización; y la oposición de derecha, elementos que han limitado seriamente las posibilidades de un proceso transformador. Pese a ello, en varios aspectos el gobierno de Boric dejará una herencia que podría significar retomar un proceso, tanto en lo que en se refiere a determinados contenidos programáticos como a la amplitud de su coalición de gobierno.

4. Una nueva época

Nuestra conclusión es que Chile ya no vive un proceso de transformación como los que lo han caracterizado desde hace un siglo. Se trata, entonces, de repensar la posibilidad de que el país retome un proceso de transformación propiamente tal, más allá de un conjunto de reformas que resuelven problemas muy importantes pero puntuales, en torno a los cuales los distintos actores sociales y políticos formulan sus proyectos. Pero se trata de procesos posibles, que serán muy distintos a los que se han vivido hasta ahora.

En efecto, los procesos de transformación democrática y de superación de estructuras injustas que han caracterizado a la sociedad chilena y que han sido exitosos han contado con una alianza de centro izquierda, en general con predominio político del centro, pero con propuestas que venían de la izquierda, con una vinculación (arraigo o imbricación, entre otras denominaciones) entre partidos, ciudadanía y movimientos y actores sociales sólida, que, respetando la autonomía de ambos polos, implicaron una mayoría social y política con propuestas respecto al desarrollo que presentaran alternativas al capitalismo extremo, y con una base de orientaciones culturales respecto del cambio social necesario. Y también todos estos procesos, derrotados o exitosos, contaron con una oposición radical de la derecha. Excepto esto último, hoy día no se cuenta con los elementos señalados: ha tendido a desaparecer el centro político como organización; se ha profundizado la ruptura entre política y sociedad, con un rechazo de la primera por vastos sectores sociales mayoritarios; los partidos han perdido su capacidad de representación y de elaboración de proyectos, que junto a un diagnóstico relativamente integral y basados en ciertos ejes estructurantes apuntaban a un horizonte de sociedad deseada; la base cultural de centro izquierda mayoritaria en el país ha desaparecido, como lo muestran múltiples estudios. Volveremos sobre esto.

Pero el problema más de fondo, que se entrelaza con las consideraciones anteriores, es que, a escala mundial, ya no estamos en el mismo tipo de sociedad en que se desarrollaron los procesos mencionados. Las transformaciones ocurridas a nivel de toda la humanidad permiten hablar de la emergencia y consolidación de un nuevo tipo societal, con distintos grados de avance o instalación, diferente a la sociedad industrial de Estado nacional, que con sus variedades y distintos niveles

de desarrollo, existió en los últimos dos siglos. Entre estas transformaciones podemos mencionar el advenimiento de la sociedad digital; la globalización; la crisis medioambiental; la penetración de la inteligencia artificial; la ausencia de alternativas democráticas al capitalismo; la crisis del Estado democrático en su capacidad de controlar los poderes fácticos y a las derechas radicales; la deslegitimación de las instituciones; la desvinculación de los partidos políticos de la ciudadanía y los movimientos sociales, con estos últimos jugando un papel central, especialmente algunos, como el feminismo; la incapacidad de institucionalizar la diversidad en la cuestión migratoria, entre otras. Así, el modo en que se establecieron y definieron en la sociedad industrial de Estado nacional instituciones tan centrales como la educación, la familia, la democracia y la política, entre otras, no parece dar cuenta de las transformaciones ocurridas. Y no parece existir una teoría social y política que dé cuenta de esta nueva sociedad y su cambio, como ocurrió para la sociedad industrial, por lo que, en la medida en que ambos tipos societales están aún imbricados, tendemos a seguir viendo lo nuevo con las categorías del pasado, o desconociendo la resiliencia de los problemas clásicos o del pasado o, en otros casos, enfrentando el cuadro actual con teorías que no dan cuenta de esta imbricación.

América Latina enfrenta este cambio histórico sin antes haber logrado su desarrollo en los términos clásicos de este concepto, ni los niveles básicos de igualdad y cohesión social, al tiempo que su población es afectada por problemas de seguridad y criminalidad, al tiempo que muchas de sus instituciones, públicas y privadas, se ven afectadas por el crimen organizado y el narcotráfico. Por todo ello, se encuentra con mayores dificultades políticas, sociales, económicas y culturales de constituirse para enfrentar los desafíos de este nuevo tipo societal, aunque ello no significa desconocer sus grandes potencialidades.

5. La crisis histórico estructural y la necesidad de procesos transformadores

En el caso particular de Chile -uno de los países más afectados por la herencia neoliberal-, y después del fracaso y derrota del último proceso de transformación, el término de una época caracterizado por la existencia de tales procesos y la posibilidad de iniciar una nueva época que aborde tanto todas las dimensiones señaladas más arriba como la resolución de los problemas que originaron tales procesos, se está frente a una sociedad dividida y fragmentada que difícilmente pueda enfrentar tales desafíos. En otras ocasiones hemos señalado la existencia de un doble clivaje que la caracteriza.

Por un lado, el político, que reproduce aquel clivaje fundamental generado por el golpe militar y la dictadura, expresado, por un lado, por una derecha con la cual se identifica alrededor de un 40% de la población, y que se opone radicalmente tanto al rechazo al golpe como a los cambios introducidos por la dictadura;

y, por otro, por el mundo político de izquierda y centro que luchó contra aquella dictadura para generar un orden democrático. La elección presidencial de 2022, con porcentajes iguales para las candidaturas de izquierda y de extrema derecha a los de las opciones a favor del término de la dictadura y su mantención, respectivamente, muestran la permanencia de este clivaje, que ha impedido reales consensos para las transformaciones necesarias.

Por otro lado, está el clivaje social y cultural, que se manifestó entre otros eventos en el estallido social de 2019, y que muestra la fisura entre el conjunto de la elites sociales, políticas, culturales, y un pueblo caracterizado por el rechazo a ellas y a la legitimidad de las instituciones políticas. El rechazo de la ciudadanía en los dos procesos constituyentes que tenían propuestas absolutamente antagónicas entre sí, es una expresión de ello. Pero a su vez cabe distinguir aquí, por un lado, a los movimientos sociales dotados de politicidades particulares, que identifican sus demandas y proyectos con la política global sin aceptar, como lo fue en otra época, la representación de partidos, y por otro, grandes masas de sectores populares y medios que no se sienten representados ni por partidos ni por movimientos, subsumidos en sus propios problemas y carentes de horizontes. Los millones de electores incorporados por el voto obligatorio son una muestra de este fenómeno. Así, la polarización política es bipolar, y la polarización social y cultural es multipolar. La política deja de ser el cemento cultural de la sociedad chilena, como lo fue durante cerca de un siglo, y la actividad política pierde su carácter de imbricación con la sociedad, pasando su articulación a ser intermitente, como ocurrió con las movilizaciones del estallido, fuera y en rechazo de la política institucional, pero con encauzamiento a través de un proceso institucional generado por el mundo político. Por supuesto que, con excepciones, una política que gira en torno a sí misma, con relación esporádica con una ciudadanía estallada. Es lo que permite hablar de una sociedad con un clivaje central y con múltiples clivajes socioculturales, que muestran una sociedad a la vez polarizada y, en gran medida, desvertebrada, pese a las grandes potencialidades de que dispone, entre otras, los avances que se han hecho en los otros procesos, la memoria de los errores cometidos y las perspectivas innegables que ha abierto el gobierno de Boric.

En estas circunstancias, tanto al nivel del cambio de época como de los rasgos de la estructuración de la sociedad, cabe preguntarse por qué es necesario pensar en procesos de transformación profundos y generales, y no dejar simplemente que los conflictos y problemas concretos se resuelvan a partir de las propuestas de actores políticos y sociales a través de elecciones y negociaciones.

Como hemos intentado mostrarlo, no estamos frente a una suma de problemas que puedan resolverse cada uno por su cuenta a partir de programas, políticas públicas, negociaciones o estrategias específicas en cada caso, aunque todas ellas sean indispensables, puesto que estamos ante lo que puede denominarse problemática histórico-estructural o coyuntura crítica, pero no caracterizada por uno o más eventos, sino que por atravesar al conjunto de la sociedad, lo que exige ejes

centrales que le den sentido, horizonte, y entrelacen los elementos señalados. Y la existencia de ejes y horizontes para el conjunto de la sociedad, y no sólo para algunas de sus esferas, es lo que caracteriza los procesos históricos de transformación. Y la no existencia de un proceso de transformación que dé cuenta de esta crisis histórico-estructural sólo la profundiza y, a su vez, agrava la descomposición y la fragmentación social. A su vez, uno de los elementos principales de la crisis de la democracia, que lleva a sus posibles derivas populistas, autoritarias, de regresión conservadora o, simplemente, a su irrelevancia o a la entronización de los poderes fácticos para resolver los problemas y conflictos de la sociedad, es la ausencia de sentido otorgado por la población a la democracia, más allá de su dimensión estrictamente política, de la que se siente lejana. Los procesos de transformación permiten que los diversos sectores y actores expresen sus propias orientaciones más allá de sus demandas, que se sientan involucrados más allá de su participación electoral y que la democracia sea vivida como una experiencia que tiene relación con la calidad de sus vidas y de la sociedad de la que forman parte.

Recuperar la tradición chilena del último siglo respecto de procesos de transformación progresistas no significa repetir sus contenidos ni sus estrategias. Tanto los exitosos como los fracasados y derrotados corresponden a otras épocas, diferentes a lo que hemos tratado de reseñar para la sociedad actual, aunque de todos ellos puedan aprenderse lecciones. Si muchos de los principios orientadores pueden mantenerse, hay otros nuevos, y los clásicos también se redefinen; por ejemplo, el de la igualdad, que adquiere hoy múltiples dimensiones. También los actores de tales procesos han cambiado, y las experiencias de derrota o fracaso obligan a redefinir los proyectos que orienten tales procesos. La definición de un horizonte no muy lejano, como lo era un tipo de sociedad determinado -por ejemplo el fin del capitalismo o la sociedad socialista-, ya no puede hacerse en los mismos términos, porque lo primero no parece cercano y lo segundo hoy carece de modelo y debe ser redefinido a la luz de los cambios de época que hemos reseñado.

6. Los ejes de un proceso

Hemos señalado que no hay una problemática central que sea encarnada por un actor determinado en la construcción de una sociedad alternativa, como ocurrió en la época en que tal construcción era la superación del capitalismo por una sociedad socialista, cuyo actor central era la clase obrera y los partidos que buscaban representarla. Se trata de un proceso de transformación multidimensional, en que cada una de las dimensiones se entrelaza con las otras.

Es posible señalar dos ejes fundamentales que definen este proceso, y en torno a los cuales giran los problemas del poder, los proyectos y orientaciones de los actores, los programas políticos y las políticas públicas.

Por un lado, el que podríamos llamar de reconstrucción de la polis o de la comunidad política, que reconoce tanto la diversidad social y cultural como los principios de cohesión y capacidad de decisión colectiva a través de los principios e instituciones democráticas. En este eje se juegan las orientaciones culturales y los principios y mecanismos relativos a la igualdad y la justicia social, la solidaridad estructural, la seguridad y el orden público, la pérdida del miedo al otro, la participación ciudadana, el civismo. Son aquellos que responden a la crisis de cohesión, de fragmentación y clivajes a la que nos hemos referido. Y no se trata sólo de transformación del sistema político, sino de todos los otros componentes culturales, sociales y económicos de la sociedad. Por citar sólo dos ejemplos de la relación entre todos esos componentes con los principios señalados. Uno se refiere al sistema educacional y el otro a la memoria colectiva. ¿Puede haber una sociedad cohesionada, una comunidad histórico-política, con uno de los sistemas educacionales más segregados del mundo, como es el caso chileno, y con una memoria histórica dividida en torno al mayor crimen de su historia?

Por otro lado, un modelo de desarrollo que ya no se define en los términos de otras épocas, sino que se acerca mucho más a lo que se ha llamado el desarrollo humano. Por supuesto que tiene una base material, que es el sistema económico, pero no puede circunscribirse al mero crecimiento, por cuanto este por sí mismo no asegura igualdad y redistribución de la riqueza, enfrentar la crisis ecológica, empleo digno, inclusión de género, autonomía económica, rol del Estado, etc. Y aquí también se enfrenta una de las cuestiones que han estado en el centro de los debates de los procesos de cambio social en la tradición de los sectores progresistas, cual es la superación del capitalismo y de su expresión neoliberal. Respecto de la segunda, es innegable que un proceso y proyecto de transformación la tiene como uno de sus elementos básicos. Respecto de la segunda, más que una discusión abstracta sobre el fin del capitalismo, la cuestión que se plantea hoy un proyecto transformador es cómo se van superando sus principales contradicciones y perjuicios para la sociedad, y estableciendo progresivamente bases para un modelo distinto, que hoy no se conoce ni se puede definir con claridad. Cuando hablamos de modelo de desarrollo como un segundo eje de un proceso de transformación, al igual que respecto del primero, están presentes todas las orientaciones e instituciones. Así, si no hay un principio ético-cultural de organización de la economía que supere el afán de lucro como único incentivo, o si el sistema educacional no prepara para los nuevos requerimientos del trabajo, o si el sistema científico-tecnológico no produce los conocimientos y prácticas necesarias y el Estado no juega un papel central, o no se hace frente a la crisis ecológica, no habrá un modelo de desarrollo humano.

El modelo político-social que llamaremos solidario y el modelo de desarrollo humano están íntimamente relacionados en el proceso transformador que el país necesita. No habrá ni lo uno ni lo otro si, reconociendo la especificidad de cada cual, no se establece su mutuo condicionamiento y si no se entiende que su destino está ligado al conjunto de la sociedad latinoamericana.

El horizonte de sociedad a que se aspira puede tener distintas denominaciones, según la tradición de cada sector que participa en este proceso. De lo que se trata es de construir una sociedad solidaria y de bienestar social, lo que puede considerarse si se quiere una reorientación del socialismo a los desafíos de una nueva época. ¿Hay en esto un rasgo fundacional? Se ha hecho una caricatura de este aspecto. Cuando se trata de cambiar principios o fundamentos en algunas esferas o dimensiones de la sociedad, es evidente que hay un rasgo fundacional. Lo hacen todos los sectores políticos. En el caso de la derecha más radical, estamos sin duda frente a un intento de refundación regresivo y de tintes autoritarios. En el caso de un proceso transformador progresista, lo importante de su radicalidad es que se hace con gradualidad y con permanente adecuación a principios e instituciones democráticas y buscando el consenso de la ciudadanía. Y si no es así no puede llevarse a cabo.

Desde otra perspectiva, sin olvidar lo que hemos llamado crisis histórico-estructural, no hay que dejar de considerar las grandes potencialidades que tiene Chile, en cuanto a las posibilidades de desarrollo económico, dado sus recursos y una situación en que ha superado el estancamiento; la existencia de partidos que aún mantienen un marco ideológico; la capacidad del Estado para dirigir procesos y vincularse a demandas ciudadanas; movimientos sociales debilitados, pero con una cierta tensión entre un proyecto vinculado a sus intereses particulares y una presencia en las luchas y proyectos más generales; la existencia de base social movilizada a nivel territorial y la gran cantidad de iniciativas de distinta índole propuestas por instancias locales o a nivel nacional, a veces en red, a veces aisladas, para cambiar las condiciones de vida en esos ámbitos o en determinados sectores sociales. Todos esos aspectos, sin embargo, carecen de la interacción necesaria para contribuir a un proyecto común de sociedad. A los aspectos potenciales señalados hay que agregar que el gobierno de Boric ha logrado, con dificultades provenientes de una oposición radical a cualquier cambio en el *statu quo*, implantar diversas políticas específicas que abren camino a un proceso transformador. Por ejemplo, más allá de críticas que puedan hacerse a determinados aspectos, la política del litio, que liga recursos económicos, papel del Estado, intereses territoriales, política medio ambiental, innovación tecnológica e inserción en la globalización con cierta autonomía. Ella deja abierta y legítima la acción del Estado para otras tareas. Otro ejemplo es la creación del sistema de cuidados.

Si el gobierno logra establecer al menos un punto de partida, como ocurre en los dos casos mencionados anteriormente, para las reformas del sistema de pensiones, de salud y educacional, en las que están en juego el principio de solidaridad estructural y la creación de un sistema público vigoroso, se habría dado un espacio importante para un proceso transformador, y eso es lo que preocupa a una derecha que sigue atada a los principios y privilegios del orden socioeconómico creado por la dictadura y corregido parcialmente, pero no superado, por los gobiernos democráticos.

7. Actor@s sociales y polític@s

Desde el punto de vista de la política, la actoría principal en el encauzamiento de un proceso transformador cabe a la izquierda

Se trata de la construcción de un proyecto que debe resignificar temas esenciales de los procesos anteriores, redefiniendo muchas veces su contenido cuando han sido exitosos –como por ejemplo el tema de la democracia, en lo que ya no se trata de reemplazar a una dictadura–, y dando cuenta del fracaso o derrota de los que no lo fueron, incorporando las temáticas de una nueva época, con una base económica sustentable, recogiendo demandas sociales a veces contradictorias, definiendo desde el debate democrático su interrelación y horizonte común, con presencia decisiva de sectores en mayor condición de desigualdad, del mundo de la creación, nuevas generaciones y mujeres. Pero no se trata sólo de determinar los actores sociales del cambio de esta nueva época junto a los más clásicos y sumar sus demandas, sino, como hemos dicho, buscar un horizonte común, lo que es especialmente difícil cuando no se tiene una teoría compartida de la sociedad, sin que esto signifique desconocer el importante avance que se ha ido dando en los centros de pensamiento de la izquierda nacional e internacional. Todo lo anterior, si bien implica la presencia de las categorías intelectuales y éticas, las orientaciones culturales y la visión política de la izquierda clásica, debe incorporar las visiones de los nuevos sectores de izquierda; pero tampoco puede quedar reducida sólo a la izquierda, sino que ella debe nutrirse también de elementos de corrientes que no se identifican con ella, resignificándolas en su propio horizonte de acción.

La izquierda que debe enfrentar la conducción posible de un proceso como el indicado presenta diferencias significativas, en su conformación partidaria, respecto del pasado. Estamos en presencia, quiérase o no, de tres izquierdas, todas ellas de carácter democrático indiscutible. Por un lado, dos izquierdas clásicas, representadas por el Partido Socialista, de orientación más socialdemócrata, y el Partido Comunista, de orientación más crítica, que corresponden a una izquierda más tradicional, aunque sin duda renovada. Por otro lado, una nueva izquierda representada por el Frente Amplio y otros grupos menores, que aporta la representación de nuevos sectores, nuevas generaciones y nuevas temáticas, y que ayuda a pensar y realizar un proyecto renovado para el conjunto. En este sentido, la unificación de diversos partidos y grupos constituye al Frente Amplio en el partido más grande del país, y lo convierte en un aporte significativo e indispensable para la construcción de un proyecto conjunto de la izquierda.

Partiendo de la experiencia vivida durante el actual gobierno de Boric, lo que parece una condición indispensable de un nuevo proyecto político para el país es la mantención de la coalición de estas tres izquierdas como un frente de largo plazo, sin lo cual no habrá proceso alguno de transformación, sino sólo retroceso de lo alcanzado hasta hoy. Ello supone aceptar que, si bien cada uno de estos partidos posee culturas, sectores de representación, posibilidades de con-

vocatorias a otros grupos e incluso partidos y énfasis programáticos, todo ellos diferentes y que deben ser mutuamente respetados, hay un horizonte común que obliga a respetar la hegemonía que alcance uno u otro sector democráticamente en diferentes momentos, sin poner en riesgo la coalición. Todo lo cual supone generar nuevas formas de organización, de coordinación, de elaboración de orientaciones comunes que, sin impedir la competencia electoral, vaya fortaleciendo la adhesión a un horizonte común del que se hace parte al otro.

Hay otra diferencia en el panorama político de hoy que afecta a la izquierda. Recordemos lo señalado más arriba, que los proyectos en que la izquierda no ha contado con mayorías políticas han sido derrotados o fracasados. En otra época, en el caso chileno, la posibilidad de ser mayoría para la realización de un proyecto por parte de la izquierda era organizar alianzas políticas con el centro, representado principalmente, como hemos indicado, en un principio por el Partido Radical y desde los años sesenta por la Democracia Cristiana. De alguna manera puede decirse que la cultura política, base de lo que hemos llamado el cemento cultural del país, fue en el siglo pasado y en la primera parte de este una cultura de centro izquierda. Y si bien es cierto que la cultura política ha dejado de ser ese cemento de la sociedad, también es cierto que la propia cultura política ha dejado de ser de centro izquierda. Ello tiene su expresión en lo social, como se deduce de lo señalado sobre la cohesión social y sobre la fragmentación de la sociedad. En el plano estrictamente político y partidario, esto tiene que ver con el radical debilitamiento y cuasi desaparición del centro político orgánico. Si bien existen aún organizaciones partidarias que se definen como de centro, y ellos deben ser considerados de alguna forma en un proyecto transformador, lo cierto es que no hay un centro orgánico fuerte como lo hubo en el pasado, y que sea representativo de sectores sociales significativos que permitan constituir mayorías. Esto tiene una implicancia fundamental, y es que la izquierda deberá hacerse cargo, de alguna forma, de convocar a todos esos sectores que otrora se representaban en el centro político. Pero el problema de fondo es que aun si existiera un partido fuerte que ocupara el espacio de la Democracia Cristiana hasta hace poco, como ya hemos dicho, los diversos sectores sociales, mayoritariamente, ya no identifican sus intereses con los partidos, lo que obliga a estos recrear sus formas de relación con el mundo social.

Y esto es la expresión de lo que hemos llamado en otras ocasiones la gran ruptura del país, entre política y sociedad. El paso de una especie de imbricación entre actores políticos y sociales, con la existencia minoritaria pero significativa de sectores fuera de esta relación, a una de ruptura, caracterizada por el desconocimiento de los actores políticos hacia los sociales y de rechazo de estos hacia los primeros, y con relaciones de intermitencia.

Las dinámicas centrales del conflicto social, los proyectos y procesos que de ahí emanaban, se expresaban en las dinámicas del mundo político y viceversa, por supuesto que con las distancias y autonomías propias de cada uno. Hoy esa relativa correspondencia ya no ocurre, entre otras cosas, por la diversificación del conflic-

to social y lo que hemos llamado la ausencia de un conflicto social central, o de la capacidad de definir uno, y la existencia de actores de cada mundo que no dialogan entre sí ni con la política, y si lo hacen con el Estado es sólo en términos de intereses inmediatos, y en esto último lo que predomina siempre son los intereses de los grupos de poder en las diversas esferas, sean económicos, comunicacionales, territoriales o de otro tipo. Así, el mundo de lo social pareciera estar segmentado al menos en tres grandes espacios, aunque sus actores individuales puedan desplazarse en ciertos momentos de uno a otro. Por un lado, el vasto mundo de una ciudadanía estallada y muy heterogénea, lejana tanto de los partidos como de los movimientos sociales, y que no cree en ninguna forma de representación que no sea para reivindicaciones particulares e inmediatas, en el que ciertos sectores ven más protección en el crimen organizado que en las organizaciones estatales. Por otro lado, el mundo de los movimientos sociales, ya sea territoriales, trabajadores, estudiantes, ecológicos o feministas, que desconfían también del mundo político y donde no siempre predomina el principio de interseccionalidad aportado por el feminismo. Finalmente, aunque reducido, está el mundo convocado por la política, o que se siente representado en él y que ve en las luchas en ese espacio la única dimensión que da cuenta del conjunto de la sociedad, a la vez identificando su propia definición partidista con el interés general

En conclusión, en esta situación y frente a una derecha que ha exacerbado su carácter conservador y restaurador, dispuesta no sólo a impedir las transformaciones, sino a retroceder en todas las dimensiones de la vida social, como lo muestran sus tendencias actuales predominantes, la única posibilidad de evitarlo y evitar la descomposición social es restablecer un proceso de transformación. Este, a la vez de resolver los problemas que sufren los sectores mayoritarios de la población, debe ofrecer un horizonte común a las diversas fuerzas sociales que permita caminar hacia una sociedad solidaria y de bienestar social.

TERCERA PARTE

**HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE
UN NUEVO PROYECTO POLÍTICO
DEL FRENTE AMPLIO**

CAPÍTULO 6

EL PROCESO POLÍTICO Y LA CONSTRUCCIÓN IDEOLÓGICO-POLÍTICA DEL FRENTE AMPLIO

MANUEL ANTONIO GARRETÓN Y EUGENIO RIVERA URRUTIA

El proceso de unificación del Frente Amplio (FA) es inédito en la historia chilena: se trata de partidos de izquierda que no provienen, en lo principal, de escisiones de partidos existentes, y que se unifican estando en el gobierno. La novedad histórica de este proceso, y las condiciones en las que se lleva a cabo, obligan a preguntarse por sus condiciones de éxito. La unificación será exitosa, a nuestro juicio, si el nuevo partido logra encarnar creíble y eficazmente un proyecto político de izquierda para Chile. La unificación, sin embargo, ha sido empujada por necesidades políticas que han impuesto un itinerario y un calendario que ha resultado imperativo cumplir. Esto implica una amplia discusión en las izquierdas sobre el proyecto político. El presente libro busca contribuir a este debate.

Es difícil encontrar una experiencia política en Chile tan exitosa como la del FA. De un grupo de movimientos y pequeños partidos que sobrevivían en los márgenes del sistema político, surge una fuerza que, constituyéndose a principios del 2017, casi logra pasar a la segunda vuelta presidencial, obteniendo además una representación parlamentaria que rompe el monopolio que, básicamente, dos coaliciones habían mantenido por más de 25 años. Juega además un papel protagónico en la construcción de una salida institucional al estallido social, se impone en la primaria de Apruebo Dignidad, pese a la inmensa ventaja que llevaba Daniel Jadue, y derrota en la segunda vuelta presidencial del 2021 al candidato de la ultraderecha, que se había impuesto a la derecha tradicional. Se trata de una experiencia vertiginosa, y por tanto que no está acompañada por una reflexión política colectiva suficiente. No obstante, en ese breve período, al calor de las agitadas coyunturas que le ha tocado vivir y quizás a modo de pincelazos, pero que trasuntan profundas convicciones, se ha ido delineando una perspectiva política que pone en cuestión tanto la llamada “Tercera Vía”, que pese a todos sus aspectos positivos no fue capaz de impulsar suficientemente la renovación de la socialdemocracia, como también la ortodoxia marxista, que no ha sido capaz de hacer un balance de lo que fue y es el llamado socialismo realmente existente, y que hace la vista gorda frente a los autoritarismos presuntamente de izquierda, tipo Venezuela y Nicaragua. Al mismo tiempo, caracteriza a quienes convergen en el FA la convicción de que las múltiples crisis que afectan al país y al planeta están poniendo en cuestión las antiguas convicciones, lo que ha generado procesos de reflexión política de los cuales, en la medida que se permita un amplio y libre debate, se podrá ir constru-

yendo intelectual y políticamente la izquierda del futuro. Se trata de una discusión que rompe también con las maneras tradicionales del intercambio político, pues manteniendo sus demandas por igualdad, reflexiona sobre la crisis de la política en su rol tradicional, acepta su desconcierto frente a la fragmentación social y las complejidades de la democracia, incorpora al centro de sus preocupaciones la catástrofe medioambiental, la lucha contra el patriarcado, la digitalización del mundo y el amplio problema del reconocimiento.

En lo que sigue, a partir de lo que han sido las tomas de posición del FA en los hitos centrales de la historia reciente, buscamos primero delinear la perspectiva ideológica y política de esta organización en el marco de los debates que ocupan a las izquierdas, sobre la que se monta el presente libro, para luego describir sus contenidos.

El FA surge luego de la crisis global del 2008–2009, la peor crisis económica desde 1929; en el marco de movilizaciones estudiantiles, medioambientales, regionales, sociales y del surgimiento de la tercera ola feminista. Es resultado, aunque no exclusivamente, de las movilizaciones estudiantiles, y si bien incorpora varias de las demandas impulsadas por diferentes actores sociales a lo largo de la década del 2010, no representa en sentido estricto la convergencia orgánica de los protagonistas de esas movilizaciones.

El FA experimenta a lo largo de su breve historia, como ninguna otra organización política chilena, la aceleración propia de la sociedad moderna. Mientras sus diversos integrantes protagonizaban el renacimiento del movimiento estudiantil, se ven enfrentados en el 2014 a estructurar capacidades para incidir en la política institucional. De diferentes modalidades, tres de sus dirigentes logran ser elegidos diputados (a ellos cabe sumar dos integrantes del movimiento estudiantil militantes del PC, que obtienen también sendas victorias)³⁶. Del mismo modo, cuanto se empiezan a constituir en una coalición deben enfrentar la elaboración programática y competir en las elecciones presidenciales y parlamentarias del 2017. Apenas dos años luego de fundada la coalición, deben asumir responsabilidades protagónicas en la construcción de la salida institucional al estallido social, y solo dos años después deben tomar en sus manos las responsabilidades gubernamentales y el liderazgo de la nueva coalición de las izquierdas y el progresismo.

En una historia en desarrollo son muchas las periodizaciones y las interpretaciones posibles de la constitución del FA. Desde nuestro punto de vista, cuatro son los hitos que construyen la identidad política y la historia de la coalición hasta el triunfo en la elección presidencial de Gabriel Boric en 2021: la división de la Izquierda Autónoma en 2016; la conformación de la coalición FA, el 21 de enero del 2017; la suscripción del Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución del 15 de noviembre de 2019; y el triunfo de Gabriel Boric y el FA en la primaria de Apruebo Dignidad, el 18 de julio del 2021.

³⁶ Para conocer diferentes perspectivas sobre la génesis y la historia del FA, remitimos a Barozet y Nogué, 2023; Buzeta, 2022; Mayol y Cabrera, 2017; y Titelman, 2023. Una visión sobre el FA desde la derecha se encuentra en Araos y Pérez de Arce, 2022.

Aunque puede ser considerada de menor importancia, pues afecta, aparentemente, a una sola organización de las que convergerían en la fundación del FA, un primer hito decisivo es la división que sufre el movimiento Izquierda Autónoma. No es posible en esta breve introducción realizar un análisis detallado de este conflicto, sino abordar sólo lo referido al debate en torno a la construcción de una nueva fuerza política, que va a ser crucial para la creación del FA. Mientras que la fracción que estructuraría el Movimiento Autonomista, dirigido por el entonces diputado Gabriel Boric, buscaba proyectar el movimiento de carácter básicamente estudiantil hacia una base más amplia, con el objetivo de “constituir un movimiento político que dispute en todos los espacios”, incluido el institucional-electoral (<https://radio.uchile.cl/2016/05/30/gabriel-boric-anuncia-nuevo-referente-politico-tras-quebre-con-izquierda-autonoma/>), el grupo que mantendría el nombre de Izquierda Autónoma sostenía la inconveniencia de “ciertas definiciones electorales empujadas sin consenso interno y muy propias de la lógica de proyectarse desde las mismas elecciones y no entender estas como una consecuencia de procesos previos de lucha social que encuentran su expresión ya sea en las parlamentarias o municipales” (Andrés Fielbaum en <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/05/25/la-izquierda-autonoma-tambien-llora/>). Coyunturalmente, el mismo Fielbaum, al ser consultado sobre los pasos que debería seguir la Izquierda Autónoma en septiembre de 2016, a poco más de un año antes de que el FA irrumpiera en el escenario electoral, logrando con Beatriz Sánchez el tercer lugar en la elección presidencial a dos puntos porcentuales de Alejandro Guillier, y rompiera el “duopolio” en la Cámara de Diputados, sostenía que “para nosotros sigue siendo prioridad lo que tiene que ver con el movimiento estudiantil a nivel nacional y que tiene que ver con sacar una reforma que se está discutiendo ahora, tenga elementos en el cual se fortalezca, expanda y reconstruya la educación pública” (<https://www.eldesconcierto.cl/nacional/2016/09/15/andres-fielbaum-vocero-de-izquierda-autonoma-en-terminos-politicos-el-feminismo-en-chile-esta-hecho-mierda.html>). En suma, no se trataba de una discusión menor; aludía al dilema de seguir siendo un movimiento social estudiantil o entrar en la política institucional y constituirse en un actor central de la vida nacional.

El segundo hito tiene lugar el 21 de enero del 2017, cuando se constituye el FA con el objetivo de que los distintos movimientos enfrentaran conjuntamente los procesos electorarios del 2017, afirmando su decisión de disputar el poder político. Confluyen en la formación del FA catorce partidos y movimientos políticos³⁷, algunos de ellos de larga trayectoria y de un origen distinto al movimiento

³⁷ El 21 de enero de 2017 se realizó su lanzamiento oficial, en un acto en la Universidad de Santiago de Chile, y quedó integrado por catorce partidos y movimientos políticos: Revolución Democrática, Partido Humanista, Partido Liberal de Chile, Partido Ecologista Verde, Movimiento Político Socialismo y Libertad (SOL), Movimiento Democrático Progresista, Movimiento Democrático Popular (MDP), Poder Ciudadano, Izquierda Libertaria, Izquierda Autónoma, Movimiento Autonomista, Nueva Democracia, Partido Igualdad y Partido Pirata (https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Frente_Amplio).

estudiantil del 2011-2012, como el Partido Humanista³⁸ y el Partido Ecologista Verde³⁹, y otros como el Partido Liberal⁴⁰, Revolución Democrática⁴¹, el Movimiento Autonomista y la Izquierda Autónoma, surgidos directamente de las movilizaciones estudiantiles de la primera mitad de la década del 2010, todos ellos inspirados en medidas diversas en el Frente Amplio uruguayo y Podemos de España.

El tercer hito decisivo, que marca un claro compromiso con la democracia representativa, con el pluralismo político y con una salida institucional al estallido social del 18 de octubre del 2019, es la suscripción del Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución, mediante la firma del diputado Gabriel Boric (en contra de la opinión de su partido, Convergencia Social⁴²), del Partido Revolución Democrática y del Partido Liberal. Asociado a esta decisión, abandonan el FA una parte sustantiva de la Izquierda Libertaria⁴³, que había participado de la formación de Convergencia Social⁴⁴ y que luego se incorporaría a Chile Digno; el Partido Humanista y el Partido Ecologista Verde. Abandonan también Convergencia Social y el FA el alcalde de Valparaíso Jorge Sharp y otros 72 militantes, al rechazar también la firma del Acuerdo. Pese al debilitamiento orgánico que para el FA implicó el impulso del Acuerdo y su firma, es probable que el hecho de que Gabriel Boric se haya jugado todo su capital político por su concreción haya sido crucial para su victoria en las elecciones presidenciales del 2021.

El cuarto hito decisivo es, sin duda, la primaria presidencial de Apruebo Dignidad de mayo de 2021, en que Gabriel Boric superó con el 60,42% de los votos

³⁸ Fundado el 24 de mayo de 1984 y reconocido como partido político legal a partir de 1987, forma parte de la Concertación de Partidos por la Democracia hasta 1993. En el 2003, junto con el Partido Comunista y otras agrupaciones, integra la coalición “Juntos Podemos Más”. Se reinscribió en el Servicio Electoral el 31 de mayo de 2010, a partir de la fusión de los partidos Humanista y Humanista del Norte. Integró el FA entre el 21 de enero y el 12 de diciembre de 2019 (https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Partido_Humanista)

³⁹ Constituido el 22 de diciembre del 2006 en Concepción, concluye su proceso de legalización el 21 de abril de 2014. Formó parte del FA desde el 21 de enero de 2017 hasta el 21 de noviembre de 2019 (https://www.bcn.cl/historiapolitica/partidos_politicos/wiki/Partido_Ecologista_Verde)

⁴⁰ Fundado el 26 de enero de 2013, se constituye legalmente como partido político el 15 de febrero del 2016. Desde el 21 de enero de 2017 hasta el 5 de diciembre del 2020 integró el Frente Amplio. El 30 de diciembre de 2020 crea, junto a exintegrantes del Frente Amplio e independientes, la plataforma política “Nuevo Trato”, pasando a formar alianzas electorales con los partidos de la exConcertación en Unidad Constituyente y Nuevo Pacto Social.

⁴¹ Fundado el 7 de enero de 2012, se constituye como partido legal ante el Servicio Electoral el 22 de junio de 2016. Desde el 21 de enero de 2017 forma parte del Frente Amplio. El 14 de diciembre de 2020 sus militantes deciden pactar con Chile Digno para la elección de convencionales constituyentes de abril de 2021.

⁴² Convergencia Social se funda el 11 de noviembre de 2018 como resultado de la fusión del Movimiento Autonomista, la Izquierda Libertaria, Nueva Democracia y Socialismo y Libertad, todos los cuales habían convergido en el FA.

⁴³ Este sector había convocado el 12 de noviembre del 2019 a una huelga general, con el objetivo de que se convocara a una Asamblea Constituyente.

⁴⁴ Permanecen sin embargo en Convergencia Social la diputada Gael Yeomans y la filósofa Luna Follegati, junto a un importante número de militantes.

a Daniel Jadue, el candidato de Chile Digno, que meses antes aparecía como el seguro ganador. Si bien el triunfo de Boric sorprendió a todo el sistema político, ello fue resultado de la decisión de los grupos que convergieron en la creación del FA, en medio y pese a la profunda crisis de legitimidad del sistema político y de los partidos tradicionales, de integrarse a la política institucional. Crucial fue, además, la capacidad de las principales organizaciones del FA de entender el estallido social y las movilizaciones masivas de la ciudadanía como expresiones de un amplio malestar que venía haciéndose evidente ya desde al menos 15 años, y a las cuales el sistema político debía dar una respuesta contundente. Particularmente relevante era la necesidad de profunda renovación y reestructuración del sistema de partidos, cuestión que quedó en evidencia al triunfar el FA al interior de las izquierdas y el recién fundado partido Republicano en las derechas. Este derrotero provocaría un fuerte remezón, que llevaría a importantes transformaciones en los partidos tradicionales de la izquierda.

Si estos cuatro hitos explican el derrotero seguido por el FA hasta el triunfo en la elección presidencial de Gabriel Boric, otros tres hitos configuran el contexto del proceso de unificación en un partido de Convergencia Social, Revolución Democrática, Comunes⁴⁵, Plataforma Socialista, Fuerza Común y el movimiento UNIR⁴⁶.

En efecto, un primer hito relevante fue la instalación de un gabinete paritario que reafirma la definición de los distintos partidos del FA como feministas. Aunque con vacilaciones, resquemores y desconfianzas, el nuevo gabinete deja en evidencia también la convicción en la necesidad de reunificar a las izquierdas, como única forma de estar a la altura de los desafíos que planteaban las transformaciones buscadas y las inmensas tareas que había que desarrollar para enfrentar los desequilibrios económicos y sociales heredados: el crecimiento y violencia del crimen organizado, en el marco de los esfuerzos por combatir la catástrofe climá-

⁴⁵ Fundado el 20 de enero de 2020 como resultado de la fusión del Partido Poder Ciudadano e Izquierda Autónoma, ambos pertenecientes al FA. Se disolvió en el presente año, incorporándose sus militantes a Convergencia Social y Revolución Democrática, y por esa vía forman parte del nuevo Partido Frente Amplio.

⁴⁶ Estos tres movimientos formaron parte de un gran número de militantes que abandonaron el Partido Socialista en octubre del 2019, pocos días antes del estallido social del 18 de octubre del 2019. Estos sectores confluyeron primero en la Plataforma Socialista, a la cual se sumó un gran número de socialistas que habían abandonado la organización a lo largo de la década. Entre los integrantes se contaban Jorge Arrate, Fernando Atria, Valeska Naranja, Osvaldo Torres, Gonzalo Durán (alcalde de Recoleta), Ernesto Águila, Marcelo Díaz, Lorena Fries y Julio Salas, entre otros. Si bien estos tres grupos tomaron caminos distintos, todos terminaron integrándose al Partido Frente Amplio. En efecto, Plataforma Socialista se constituyó en una instancia de discusión política e ideológica, desarrollando también actividades en los territorios. Mayoritariamente decidió apoyar a Gabriel Boric en las primarias de Apruebo Dignidad. En el 2022 solicitó y fue aceptada como integrante del FA. Por su parte, una serie de personas se decidieron a organizar el Partido Fuerza Común, que tenía como objetivo canalizar a quienes habían abandonado el Partido Socialista y a quienes se habían politizado en el marco del Estallido Social. El inicio de la recolección de firmas coincidió con la llegada de la pandemia COVID 19, lo que imposibilitó lograr el objetivo. Jugaron también un papel las dificultades encontradas para organizar bajo un proyecto político común a la gran variedad de personas que se integraron.

tica, el deterioro de la biodiversidad, el estancamiento de la productividad de la economía y la necesidad de avanzar hacia un nuevo modelo de desarrollo y una mayor integración y cohesión social.

El segundo hito es, sin duda, la Convención Constituyente. El apoyo al primer proceso constitucional y las esperanzas que en él depositó el FA, representaron un primer esfuerzo por pensar y enfrentar en términos constitucionales los grandes desafíos que enfrenta la sociedad moderna como efecto de las transformaciones sociales profundas (el cambio en las relaciones entre los géneros, las transformaciones de la familia), la crisis de la política como la conocemos, las dificultades de la democracia, la globalización, la crisis de la economía industrial, la digitalización del mundo y la catástrofe medioambiental. Como efecto de estas propias crisis y las dificultades para proponer un texto constitucional capaz de convocar a una mayoría ciudadana, el momento destituyente que dio origen al proceso constitucional no pudo dar paso a un momento constituyente que se tradujera en una nueva Constitución. Este desenlace puso al gobierno, que recién se iniciaba, en duros aprietos. Ello, junto con las dificultades de gestión iniciales, obligaron a una adecuación de los objetivos programáticos y a reconocer las dificultades de una correlación de fuerzas desfavorable. Frente a esta situación, el presidente Gabriel Boric insistió en usar la democracia para resolver los problemas.

Finalmente, el tercer hito deriva de su claro posicionamiento en materia internacional: crítica a todo régimen autocrático, sea del color que sea, exigencia de respeto irrestricto de los DD.HH. y claro compromiso con el derecho internacional. Ello lo ha llevado a condenar la invasión a Ucrania por parte de Rusia; al régimen de Nicolás Maduro en Venezuela, aun cuando ello implicó un roce con las posiciones del presidente Lula de Brasil; y una distancia clara frente al régimen cubano.

Es sobre estas directrices que comienza a construirse el proyecto político del FA y de la izquierda del futuro. Es también a este proceso de construcción política que el presente libro de Casa Común busca contribuir.